

*Laura Quent*

# MALDIZIÓN

PERDIDOS



### Anteriormente en Maldizion...

Continuaron caminando en silencio. Alicia estaba de mal humor. Las cosas salían fatal desde hacía demasiado tiempo, pero en las últimas veinticuatro horas, la mala suerte se había disparado hasta cotas insoportables. Quería volver con su grupo, quería dormir abrazada a Rubén, besar y acunar a Carlitos, dejarse mimar por Blanca...

Cuando llegaron a los muros del Western Park el hombre dio un pequeño rodeo y se dirigió a una esquina de lo que simulaba ser una empalizada del tiempo de los indios y los vaqueros. Retiró un tronco de plástico y dejó ver un hueco lo suficientemente grande como para que una persona se deslizara al interior del parque.

Alicia había estado allí varias veces en temporada alta, cuando todo estaba lleno de turistas, niños, socorristas y agua por todas partes, la gente se divertía y lo pasaba en grande desafiando a la gravedad o simplemente disfrutando de una buena cerveza o un chapuzón refrescante. El Western estaba situado en una pequeña colina natural. Su mayor atractivo lo componían más de una docena de toboganes de agua, de diferentes niveles de altura e inclinación. También había piscinas, un río bravo con cataratas que rodeaba buena parte de las instalaciones, un espacio con césped para pícnic y diversos restaurantes. El conjunto se completaba con un pequeño pueblo al estilo del más salvaje oeste, en el que turistas y visitantes podían hacerse fotos.

—¿A dónde...? — antes de que terminara la pregunta, el hombre se giró y la hizo callar.

—Esto está infestado— le susurró— pero he despejado una zona. Vamos.

Los dos avanzaron despacio y con mucho cuidado. Y es que, aunque a simple vista no lo parecía, el parque estaba lleno de esos seres.

—¿Conoces el Western? — preguntó el de seguridad— vamos a ese amarillo, el que tiene caída en picado.

—Vale.

Alicia se había tirado una única vez por ese tobogán del demonio, y lo había hecho para salvaguardar su orgullo. En cuanto había llegado a lo alto de las escaleras y había sentido cómo el viento movía la plataforma en la que esperaba su turno, había sabido que aquella era una muy mala idea. Cuando el socorrista le había indicado que le tocaba a ella, después de observar en una pequeña pantalla que la piscina de abajo estaba vacía, había sentido el terror más puro correr por sus venas. Había estado a punto de volver sobre sus pasos, pero eso le habría supuesto enfrentarse a las burlas de sus amigos, así que, haciendo de tripas corazón, se había tirado, casi a caída libre, por ese tobogán que acababa varios metros más abajo.

Por suerte el vuelo había sido muy rápido, pero eso no le había impedido, una vez llegada abajo, correr hacia el baño a vaciar el contenido de su estómago. Al menos su dignidad permanecía intacta y a salvo.

Le pareció irónico tener que volverse a enfrentar a esa su-puesta "atracción".

Después de interminables minutos llegaron a lo alto. La gran ventaja era que la plataforma de madera estaba aislada del resto del parque: su único acceso eran las escaleras que acababan de recorrer. La parte negativa era la tremenda altura a la que se encontraba, y el condenado viento que no se notaba a ras de suelo pero que a esa distancia tan elevada hacía que todo se moviera de un lado a otro.

—No tendrás vértigo, ¿verdad? — preguntó el hombre, no muy convencido al observar su rostro pálido.

—Un poquito...

—Pues vete acostumbrando— el seguridad medio sonrió y le dio la espalda— voy a trabar el acceso, no es que se atrevan a subir por aquí, pero por si acaso.

Alicia asintió y trató de sobreponerse al miedo que sentía a las alturas. Observó el parque. Desde ahí arriba todo pare-

cía casi normal. Las piscinas presentaban un aspecto verdo-so, porque ya habían pasado más de tres semanas desde que se iniciara todo y, suponía que en esas circunstancias nadie debía de ocuparse de los niveles de cloro ni de la sa-lubridad de las aguas de baño. Los toboganes no funciona-ban, y enormes regueros de agua se deslizaban silenciosos hacia la carretera. Los zombis podían confundirse fácilmen-te con los visitantes de cualquier jornada de verano normal y corriente, sólo que ellos no disfrutaban, no hacían cola para divertirse en las atracciones, no llenaban las mesas de bares y restaurantes y, definitivamente, no tenían ningún in-terés en obtener un bonito bronceado.

—¿Cómo te llamas? — preguntó a su acompañante en cuanto éste regresó a la plataforma— ¿cuánto tiempo lle-vas aquí?

—Me llamo Luis— respondió él, por primera vez dispuesto a hablar largo y tendido— llevo más o menos veinte días aquí.

—¿Y en todo este tiempo no te has movido?

—Había quedado con alguien, y aún espero que llegue... mira, empecé mi turno un sábado, un día normal y corrien-te— Luis se rascó el espeso pelo rubio tratando de poner sus ideas en orden— yo tenía horario de tarde hasta el cie-rre, pero un compañero se emborrachó la noche anterior y estaba fatal de la resaca, así que me pidió que le cubriera. La mañana fue normal y corriente, pero al mediodía empe-zaron a pasar cosas raras.

Luis se quedó en silencio unos minutos. Alicia podía adivi-nar qué clase de cosas raras habían sucedido.

—No sé muy bien cómo explicar lo que vi— dijo— lo que vimos.

Según el relato de Luis, después de comer lo llamaron a la zona de la piscina de olas porque alguien había tenido un accidente. Un turista se había hecho una herida muy fea en la pierna y había que cerrar la piscina, porque se había ver-dido su sangre, y llevarlo a la enfermería. En cuanto llegó al

lugar se sintió inquieto, sospechando que algo anormal estaba sucediendo, pero el turista gemía y lloraba, agarrándose la herida sangrante, y él no había tenido más remedio que acompañarlo al médico, que por suerte estaba a sólo unos metros de distancia.

Mientras trataba de averiguar qué le había pasado a ese hombre, para decidir si tenía que dar parte a la policía o si era un simple accidente, oyó gritos y un gran estruendo. Dejó al turista sollozante en manos de la enfermera y salió para averiguar qué estaba pasando y lo que vio... la gente parecía haber enloquecido, trataban de comerse los unos a los otros y poco a poco la piscina empezaba a teñirse de sangre y restos humanos. Luis levantó la pistola y disparó al aire, pero eso sólo sirvió para que la marabunta enloquecida reparara en él. A toda velocidad regresó a la seguridad del dispensario médico, pero allí... el turista herido ya no parecía una persona. Sus ojos azules estaban perdidos y acuosos, su piel se había puesto blanca y morada y su boca... estaba llena de carne cruda. La carne cruda de la enfermera que yacía muerta en el suelo.

El segurata sintió cómo su corazón bombeaba en sus oídos antes de descargar todas las balas de su pistola en la cabeza del herido.

—Joder, tuve que matarle— se excusó llevándose las manos a la cabeza— no me preguntes por qué, pero estaba seguro de que quería comerme.

—¿Qué pasó luego? — preguntó Alicia sobrecogida.

—Conseguí reunir un pequeño grupo de supervivientes, pero se había desatado la locura, todos se dispersaron en algún momento. Había sangre por todo, gente comiéndose a otra gente, gritos de dolor y de miedo... una pesadilla. Corrí hacia la caseta de la entrada para recargar munición y allí me encontré a un compañero. Estuvimos escondidos en la caseta unos días luego... él decidió marcharse y yo salí a explorar. Conozco el parque como la palma de mi mano y sabía que éste, el lugar más elevado de todos, era también

el más seguro. Desde entonces he estado aquí, esperando ver llegar a la persona con la que había quedado... los móviles no sirven, los *walkie talkies* se han quedado sin batería... no hay electricidad... es el puto fin del mundo...

—¿Nadie más ha sobrevivido? ¿Y tu compañero? ¿Y el grupo de supervivientes que decías?

—No he vuelto a saber nada de ellos, ni de nadie, o de casi nadie. Ayer vi llegar vuestro pequeño destacamento y decidí salir a investigar. Supuse que habíais tenido problemas al veros escapar por la ventana, y, cuando creía que nadie quedaba, te vi a ti y decidí seguirte. Cuando los zombis te localizaron pensé que lo mejor era avisarte... y el resto ya lo sabes...

—¿Y por qué no nos dijiste nada si nos viste llegar?

—Porque he visto pasar mucha gente, y te puedo asegurar que muchos de ellos dan más miedo que esos putos engendros.

—Eso lo entiendo perfectamente... te aseguro que también hemos pasado por un par de experiencias traumáticas... por decirlo de alguna manera... — Alicia reflexionó unos instantes— entonces... ¿Sabes quién ha estado cazando y quemando a los monstruos? Porque que sepa que no es una buena idea, el fuego no parece acabar con ellos.

—Por las noches he visto hogueras y he oído rugidos, pero — Luis se encogió de hombros— no estoy por la labor de morir devorado o atacado por locos. Tantos años trabajando de segurata en todo tipo de eventos me han hecho aprender que la masa humana es peor que cualquier animal salvaje. O cualquier zombi, en este caso.

—Vale, pero yo no quiero quedarme aquí, quiero volver con mi grupo... teníamos...— Alicia cerró la boca. Tenían un plan, pero no iba a fiarse de Luis, por muy segurata que fuera— Mañana por la mañana tengo que ir a la gasolinera, sé que ellos volverán a por mí, y tal vez, si todos lo consideran, puedes acompañarnos allí donde vamos.

—No—Luis negó tajante— como te he dicho, espero a alguien, y no me moveré de aquí hasta que llegue. Ahora te sugiero que no te muevas de esta torre. Voy a echar una meada y a buscar algo de comer, aún quedan cosas en los restaurantes. Tú procura pasar desapercibida y no hacer ruido. Si algo pasa, puedes huir tirándote por el tobogán.

—¡Pero si no lleva agua!

—No, y las posibilidades de romperte la cabeza son mayores que nunca, pero... tú eliges. De todas formas, llevo aquí arriba mucho tiempo, ni nos ven, ni tienen las capacidades motrices suficientes como para subir. Es el lugar más seguro del parque.

—Vale, pero no tardes.

—Preocúpate por los vivos, esos sí que son peligrosos.

Alicia pensó que esa frase era una advertencia, así que se limitó a asentir y a asegurarse de que su cuchillo continuaba en buen estado. Cuando Luis regresó con paquetes de pan de hamburguesa, coca colas y algunas bolsas de patatilla y otras porquerías, decidió que no era el banquete de su vida, pero que bien podía aprovecharlo. ¿A quién le importaban las grasas trans y la comida basura en el fin del mundo?

—¿Y a vosotros? — preguntó Luis dando buena cuenta de un panecillo— ¿qué os ha traído hasta aquí?

La reportera explicó toda su historia, desde que se desatara el caos en el Caló d'en Pellicer. Contestó pacientemente las preguntas de Luis sobre todo lo acontecido, pero también sobre su trabajo como periodista intrépida, anécdotas de la televisión, cosas de su vida... eso sí, se guardó mucho de comunicarle los planes que tenía con los demás.

Luis también le explicó historias de su vida como vigilante de seguridad, y le contó que estaba esperando a su pareja, una chica con la que llevaba desde que tenían catorce años, segurata como él, y que tenía que pasarle el cuadrán-

te de la semana siguiente. Pero ella nunca había llegado al parque.

—Sé que está viva— dijo abriendo una cerveza y ofreciéndole otra a Alicia— es la tía más capaz que conozco, yo no sé dónde está ella, pero ella sabe que estoy aquí, y que no me moveré hasta que nos encontremos.

Poco a poco llegó el atardecer y Luis empezó a estar visiblemente nervioso.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alicia— te noto tenso.

—¿Sabes que te he dicho que no he visto a mucha gente viva de cerca?

—Si

—Pues me temo que te he mentado.

Alicia tembló.

—Mentado... ¿En qué sentido? — preguntó sin estar segura de querer saber la respuesta.

—Mira.

Abajo, al pie de la escalera y de la piscina vacía, empezaba a congregarse un número importante de chicos y chicas. Estaban vivos y llevaban el uniforme amarillo de los socorristas del grupo al que pertenecía el parque.

—¡Luis! — gritó uno de ellos, rubio con un largo flequillo— maldito capullo, ¡comparte la munición con nosotros, hijo de puta!

—¡Vamos, segurata de mierda! ¡Cobarde, más que cobarde! — gritó una chica que llevaba rapada la mitad de la cabeza— ¡Te lo llevaste todo! ¡Cabrón!

—¡Largaos, niñatos de mierda! — les gritó Luis haciendo bocina con las manos— ¡que pasáis una mierda de cursillo y ya os creéis algo...! ¡Sobrevivid como podáis! La munición y las pistolas son para los de seguridad...

Junto a los chicos empezaban a concentrarse también algunos zombis, atraídos por el ruido. Uno de los socorristas, el que llevaba el flequillo rubio y descuidado, trató de subir



por el tobogán, mientras otra chica de origen asiático se encaramaba con agilidad por las escaleras.

—Luis— Alicia casi sollozó de miedo— ¿qué pasa con ellos? ¿Por qué no compartes la munición?

—Quise hacerlo al principio— dijo Luis apuntando la pistola y disparando al chico— ¡Eh! ¡Capullo! A la próxima no fallaré, es una advertencia, ¡ni lo haré con la chinita! — amarilló la pistola y se dirigió a la parte trasera para apuntar a la chica— pretendieron usarme como cebo, los muy...

—¿Qué? ¡Os habéis vuelto todos locos!

—Mira— Luis se dirigió con rudeza hacia ella y le entregó otra pistola— dispara a matar, tanto a los vivos como a los muertos, si no quieres acabar colgada de un arbolito y con las tripas fuera para alimentar a esos monstruos.

—¿Q-qué?

—Luego te lo cuento, ahora confía en mí yo te he sacado de esa higuera en la que hubieras muerto, y te he traído a mi refugio y compartido mi comida. Cuando oscurezca no veremos nada y seremos más vulnerables, estate atenta y vigila el tobogán, yo controlaré las escaleras...

Alicia confió. Y agradeció enormemente que ese no fuera su primer encuentro con una pistola. A medida que la noche avanzaba los socorristas se volvían más atrevidos. No sólo no parecían temer a los muertos, a los que eliminaban entre carcajadas y bromas siniestras, sino que parecían competir entre ellos por ver quién llegaba más lejos en su ascensión hasta el refugio en el que se encontraban Luis y Alicia.

El segurata y la reportera no tuvieron más remedio que disparar, aunque ella hacía todo lo posible por no dañarlos irremediabilmente.

Cuando por fin despuntó el alba, el grupo de socorristas, que apenas había menguado, se retiró entre risotadas y amenazas.

—¿Es que se han vuelto locos? — preguntó Alicia, sudorosa, cansada y al borde del llanto.

—Creo que ya lo estaban— dijo Luis— esta situación no ha hecho más que acentuarlo, y se han unido todos como fieras salvajes. Se dedican a... buf... atan a los vivos a los árboles, alrededor de su campamento y... bueno.

—Los usan para protegerse de los muertos.

—Exacto. No sabes los horrores que se han desatado al otro lado del parque.

A su espalda la gasolinera que había abandonado precipitadamente hacía poco más de veinticuatro horas, se recortaba oscura ante la luz amarilla del amanecer. Un todoterreno conocido se acercaba a ella con prudencia. Un chico armado hasta los dientes salió de su interior mientras otro lo cubría desde el vehículo.

—¡Rubén! — gritó Alicia — ¡RUBÉN! ¡AQUÍ, RUBÉN!

En el patio de la gasolinera Rubén percibió una especie de murmullo, un sonido acuciante que le obligó a dar una vuelta sobre sí mismo y otear en todas direcciones. Los zombis no estaban al acecho, así que se permitió bajar la guardia y encaramarse por la ventanilla del baño, el último lugar en el que sabía seguro que había estado Alicia. Luego regresó al coche moviendo la cabeza negativamente.

—¡RUBÉN! ¡JULIÁN! — Alicia gritaba con todas las fuerzas de sus pulmones— ¡AQUIIIIIIII!

Dos minutos más tarde el todoterreno daba la vuelta y desaparecía por donde había venido.

## 1

**En el parque acuático**

Alicia se recostó como pudo contra la barandilla de la elevada plataforma que daba acceso al tobogán. Estaba sudorosa, cansada y le temblaban las manos después de una noche entera disparando a los niños de los salvavidas. A su lado Luis respetaba su desazón. Él también estaba cansado y desesperado. Se llevó un botellín de cerveza medio vacío a los labios y bebió un largo trago. Al guardián de seguridad no le importaba que la bebida estuviera caliente y que hubiera perdido fuerza.

—Joder— Alicia se pasó las manos por el rostro— no me ha oído, Rubén no me ha oído. Se ha marchado sin más...

—Seguro que vuelven.

—No quiero quedarme aquí, Luis, quiero volver con los míos.

—Lo comprendo— Luis la miró dando un nuevo trago a la cerveza y desechando el botellín en cuanto hubo acabado con ella — pero ahora estás aquí, y tenemos que sobrevivir. Somos dos. Me daba miedo dejar la torre vacía, pero si estás tú vigilando me siento más seguro.

Alicia sintió un escalofrío. Así que ¿por eso estaba ahí? ¿Para ser dos protegiendo el refugio del hombre? Tal vez el apocalipsis la hubiera vuelto demasiado desconfiada, pero la experiencia vivida en casa de los Crespí le hacía reconsiderarse cada nueva situación y cada nueva persona que se encontraba desde una perspectiva diferente. Necesitaba calcular todos los ángulos para sentirse segura. Y había algo que se le escapaba en cuanto a Luis.

El hombre la miró, consciente de su desconfianza.

—No me malinterpretes— le dijo— fui a por ti... no sé por qué... supongo que tenía que hacer mi buena obra del mes — se encogió de hombros— no parecías una puta loca como todos los que hay por aquí. Eres libre de irte cuando quieras, pero yo que tú, esperaría a ver si alguno de tus amigos regresa.

—Sé a dónde tenían pensado ir— dijo, sin querer revelar cuál era el destino del grupo— sólo necesito un coche y un cuchillo o una escopeta...

—¡Tócate los cojones! —Luis se rio— y yo quiero un caballo, un cerdo asándose a la parrilla y una botella de Jack Daniels, ver un buen partido por la tele y una *top model* que me la menee, pero visto lo visto...

Alicia bufó como una gata enojada. Hasta en esa situación todos los tíos parecían iguales.

—¿Vas a contarme qué pasa con los monitores? — dijo tratando de cambiar de tema— parecen haberse vuelto locos.

—No sé muy bien por dónde empezar... a ver...— Luis se rascó la cabeza— cuando todo pasó, ese sábado de hace...

tres semanas, más o menos... traté de escapar con un grupo de supervivientes, pero estaban todos histéricos... créeme que lo entiendo, había padres de familia, niños, mujeres, chicos y chicas jóvenes... los visitantes habituales del parque, vamos. No tardaron en ir cayendo como moscas. A mí me costó mantener la cabeza fría y defenderme de esos zombis. Se convertían sorprendentemente rápido...

—En Santa Ponsa también— murmuró Alicia— creía que habría algunas horas de margen, en estos casos, pero no... un momento eres normal y al otro te paseas buscando el cerebro esponjoso de alguien para devorar.

—Como te dije, llegué a la garita de acceso, donde los seguratas tenemos el cuartel general. Allí había un compañero que no tardó en caer al empeñarse en salvar a una niña... que ya no era una niña, vamos —Luis suspiró sonoramente— así que cuando quedó claro que no estaba en el mejor de los refugios, decidí coger las pistolas, las porras y la munición y marcharme de ahí. Habían pasado dos días, ya sólo quedaban zombis deambulando por aquí... yo sabía que, al otro lado del parque, donde la zona de picnic de palmeras y césped había supervivientes, pero no entendía por qué no trataban de marcharse. Yo tenía que esperar a Vanessa, pero ellos... ¿Qué los ataba a este lugar dejado de la mano de Dios?

—¿Y qué era?

—Resultó ser el maldito grupo de socorristas, unos niñatos que tienen el cerebro frito de fumar demasiados porros y de pasar demasiadas horas al sol. Uno de ellos, Adrián, tenía -tiene- la absurda teoría de que el mundo ha desaparecido y de que no hay supervivientes ahí fuera. Piensa que su misión es quemar a todos esos bichos, así que cada día encienden una bonita hoguera con los que pueden atrapar.

—Creía que no sabías quién estaba quemando a los zombis — dijo Alicia cruzándose de brazos—¿Alguna otra cosa que quieras cambiar de tus declaraciones anteriores?

—Eh, señorita periodista, tranquila, que tú tampoco estás compartiendo conmigo toda la información, ¿eh?, que no soy tonto.

—Bueno, vale, tienes razón.

—Cada día sale un grupito y quema a los bichos que encuentra— explicó Luis.

—Pues está resultando ser un poco contraproducente, ¿no se ha dado cuenta de que vuelven? Quemados y más furiosos que nunca, pero vivitos, coleando y hambrientos— Alicia se estremeció recordando el triste final de Marcos.

—Es demasiado estúpido para darse cuenta de eso. La cosa es que... a los que se quieren marchar los “invitan” a quedarse bajo amenaza de muerte, y si aparece algún superviviente nuevo... pues lo mismo. Al principio me acerqué a ellos, después de todo, la unión hace la fuerza, pero cuando vi sus intenciones... no estuve de acuerdo con lo que hacían y decidí marcharme. Trataron de impedirlo, pero no lo consiguieron.

El hombre concluyó su relato: habían intentado apresarlos para robarles las armas y la munición, pero la preparación física de Luis y sus años de experiencia habían podido contra el grupo, que cada vez era más numeroso. Como se negaba a abandonar el parque, decidió que el lugar más elevado era también el más seguro.

—Y aquí estamos— dijo — vienen cada dos o tres noches a molestar y a amenazar, a veces me cargo a alguno...

—¿Y qué hacen durante todo el día? ¿Cazan zombis?

—Es algo asqueroso... —Luis la miró de manera siniestra— los he estado observando, cuando digo que se han vuelto locos no es ninguna broma.

Alicia volvió a recostarse contra la barandilla y flexionó las piernas. Su situación no había mejorado demasiado y empezaba a sentir un miedo atroz e irracional contra los habitantes del otro lado del parque. No sentía ningún deseo de abandonar la torre, pero el sol pronto estaría alto y ellos no

tenían más que una sombrilla ajada para protegerse. Además, las provisiones que había llevado Luis la tarde anterior se habían acabado, y empezaba a sentir la acuciante necesidad de beber agua y de ir al baño.

—Este es el momento más seguro del día para dar un pa-seíto— dijo el hombre como si le hubiera leído el pensamiento— dices que conoces el parque, pues bien, he sellado el baño de hombres que hay en la avenida principal, así como el restaurante de al lado. Ambos son seguros, puedes acercarte y tratar de traer algo para desayunar.

—¿Yo sola? — a Alicia se le pusieron los pelos de punta sólo de pensar en deambular sola por el Western, ya no únicamente con la amenaza de los zombis sino también con la de los socorristas locos.

—A ver, guapita— Luis se rascó la cabeza— las personas humanas necesitan ir al baño, comer, beber... y te aseguro que aquí arriba y en estas condiciones, no se puede hacer nada de eso. Te puedo acompañar un trocito, pero luego regreso y continuas sola. No me gustaría que alguno de esos aprovechase mi ausencia para hacerse con mi refugio.

—Pero antes salías y dejabas la torre desprotegida...

—Y tenía que darme mucha prisa para pasar desapercibido. Ahora somos dos, o al menos lo seremos hasta que vengan a buscarte, ve al baño. Yo luego iré a por comida, ¿vale?

—De acuerdo.

—Toma tu cuchillo.

—Gracias.

—Voy a destrabar la escalera, en cuanto te marches la volveré a asegurar, cuando regreses no me grites, yo estaré pendiente de ti y volveré a abrir el paso.

Casi sin darse cuenta Alicia se encontró agazapada, bajando las escaleras y deteniéndose, cada poco, en las explanadas y piscinas que conducían a otros toboganes de menor altura. Agarraba su cuchillo con fuerza y temblaba sin po-